

Núm. 46

Precio: 20 cénts.

Tierra y Libertad

REDACCION
Y ADMINISTRACION
Unión, 7 - Teléf. 23658
BARCELONA

¡Pena de muerte al fascista!

Hemos recogido unas cuantas escenas de las regiones donde dominan los fascistas. En todas ellas domina el desparpajo de los militares facciosos. Los ex generales Franco, Cavalcanti y Mola, unidos a los requetés, los falangistas, los curas, los guardias civiles traidores y a los moros, han despedazado al país.

El fascismo es la más cruel de las tiranías. Por allí donde pasan las hordas fascistas, el robo, el atropello, el asesinato, la violación, el salvajismo y la brutalidad se transforman en normas de conducta y de gobierno.

El odio más profundo y rabioso brota del corazón de todos los hombres dignos contra los fascistas. "¡Pena de muerte al fascista!", gritan millares de voces. Porque el fascista simboliza el crimen, la ruina de España, la barbarie, la destrucción y la muerte.

Contra el fascismo nos hemos conjurado luchar los anarquistas. Y lucharemos hasta perder la vida. No hemos nacido los anarquistas para vivir esclavos.

La Humanidad ha vivido demasiados siglos martirizada por sus tiranos, para que nosotros nos dejemos arrebatar el principio de liberación humana y social que se ha iniciado en España. Estamos haciendo una revolución que abre un horizonte de prácticas y ensayos anarquistas. Esta revolución pertenece a la clase trabajadora de nuestro país, y por ella daremos todo lo que poseemos y todo lo que valemos.

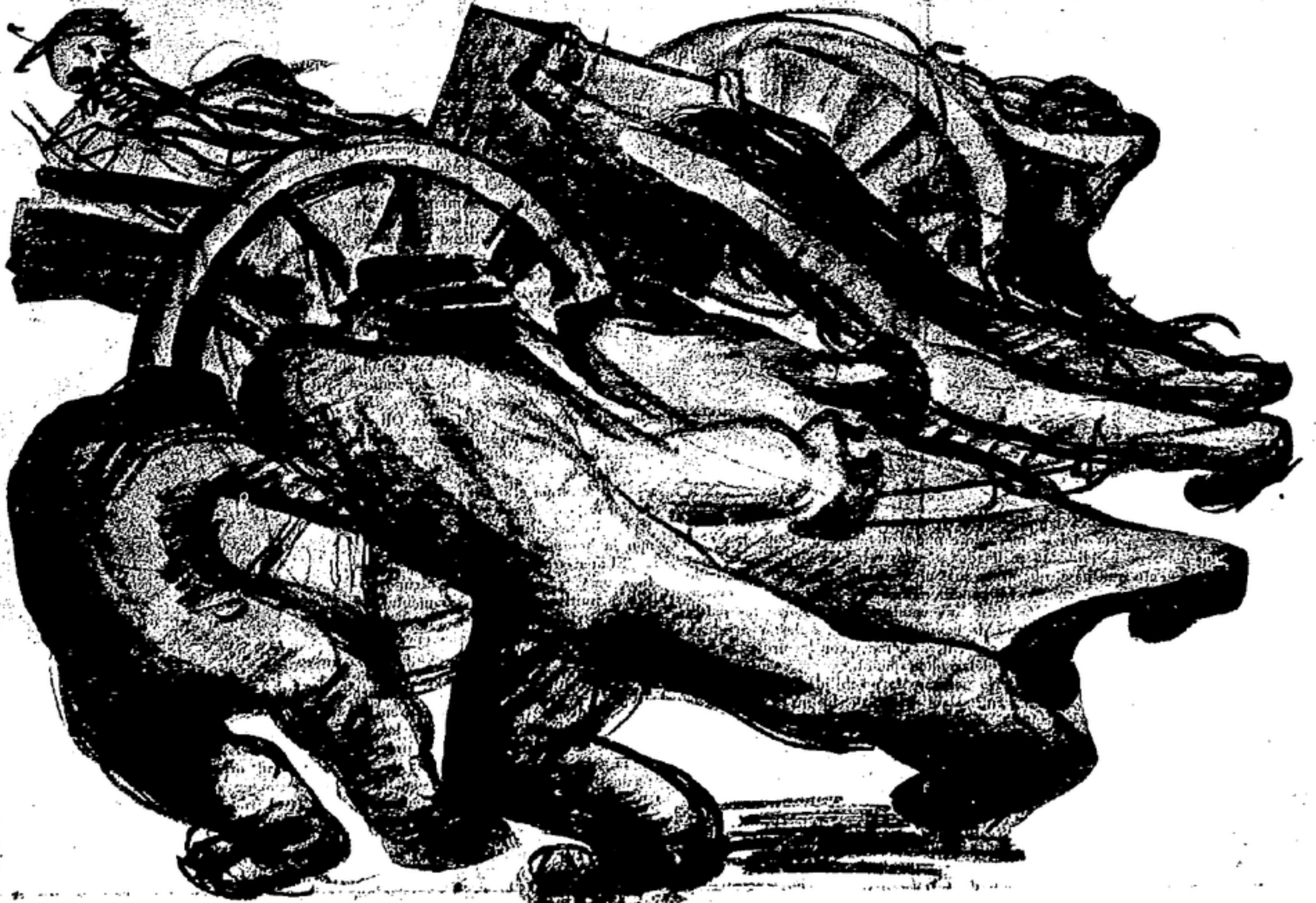
Es inútil que los fascistas se empeñen en vencer. No podrán. En la vanguardia de la lucha estamos los anarquistas, dispuestos a todo, con la obsesión eterna de que los fascistas han de morir. Están condenados a muerte, y morirán.

Que nadie nos hable de paz, de arreglos, ni de armisticio. No puede haber armisticio con quienes han asesinado a lo mejor de la juventud española. Los cadáveres de nuestros hermanos son un grito de guerra hasta el exterminio completo de los fascistas. "¡Pena de muerte al fascista!", grita "la sangre de nuestros camaradas". "¡Pena de muerte al fascista!", repetimos nosotros.

En Castilla, en Andalucía, en Aragón, en dondequiera que hagamos falta, acudiremos los anarquistas. La lucha actual contra el fascismo, es para nosotros una cuestión de vida o muerte. Y a nosotros no se nos vence tan fácilmente como puedan suponer Franco y Mola. Ellos son fascistas. Nosotros anarquistas. Dos factores que se repelen por su propia naturaleza. Ocurra lo que ocurra, pase lo que pase, nuestra consigna de ahora es una: ¡Pena de muerte al fascista!

CONFERENCIA

Para el próximo domingo día 6 del corriente a las 4 y media de la tarde la agrupación anarquista "Los de ayer y los de hoy", en su local social, Cortes 610 pral., el compañero Doctor Diego Ruiz dará una conferencia disertando sobre el tema "El pacto alemán-japonés y su repercusión en el mundo". Quedan invitados todos los simpatizantes y antifascistas.



La lucha y muerte heroicas de nuestros camaradas de Chicago

11 de noviembre de 1887

Este mes hace exactamente 49 años, que el Estado de Illinois asesinó a cuatro hombres en la ciudad de Chicago, inculpa a un quinto al suicidio, sentenció dos a cadena perpetua y uno a quince años de encarceramiento.

Los nombres de estos mártires del Anarquismo, emancipación y liberación del obrero, fueron PARSONS, SPIESS, ENGEL, FISHER, LINGG, SCHWAB, FIELDS y NEBBE.

Parsons, Spiess, Engel, Fisher y Lingg, eran Anarquistas. Los otros tres, socialistas. Hace 41 años no existían líneas separatorias entre anarquistas y socialistas, porque estos últimos estaban todavía lejos de aspirar a la política y a las tareas gubernamentales. Eran revolucionarios y todavía creían que la liberación económica del proletariado nunca sería llevada a cabo por los políticos, sino que solamente se llegaría a su consecución por la acción directa del mismo proletariado. Era por lo tanto todavía posible para los anarquistas y socialistas trabajar juntos, en bien y provecho de la colectividad obrera.

Entre los tiempos de la guerra civil de los Estados Unidos por la liberación de la raza negra, y los tiempos ochocentistas, el capitalismo había llegado a ser una verdadera absorbente organización. Los burgueses amasaban una fortuna casi de la noche a la mañana. La tierra era fácil de conseguir y la mano de obra barata. El obrero trabajaba 11 ó 16 horas al día por una miseria. Aunque a mediados de la entonces famosa organización llamada CABALLEROS DEL TRABAJO, sus dirigentes no tenían noción alguna de la lucha industrial. Creían todavía que la oveja y el lobo podían estar juntos sin que la primera fuese devorada, que el Capitalismo y el Trabajo podían tener algo en común.

La lucha económica empezó a tener un significado social únicamente cuando aparecieron los Anarquistas. El primero y más importante fue JUAN MOST, el cual había venido a América en los primeros días del ochocientos y había conseguido inculcar la vida y el orden revolucionarios en las filas de la clase obrera. Pero no estaba solo. En Chicago los mejores militantes y enérgicos luchadores eran: PARSONS, SPIESS, ENGEL, FISHER y LINGG, pertenecientes a LOS CABALLEROS DEL TRABAJO, pero también eran reconocidos Anarquistas. PARSONS, como editor del periódico inglés *La alarma*, SPIESS, como editor del periódico alemán *Chicago Arbeiter Zeitung*, tanto como MOST, que actuaba en Nueva York, eran también los inteligentes intérpretes del Anarquismo y Comunismo Libertario en Chicago.

libre y que la clase obrera tenía el derecho de organizarse y emplear la huelga como instrumento de lucha. La clase capitalista sabía mejor a qué atenerse. En más de una ocasión había enseñado sus dientes de dragón. Tenía su policía particular y su depósito de armas. La Prensa era de su propiedad, como asimismo los Tribunales de Justicia, y no dudó en emplear estas fuerzas contra toda clase de huelgas, por poca importancia que tuvieran.

Naturalmente, cuando los plutócratas americanos se dieron cuenta de la fuerza arrolladora del movimiento obrero por la jornada de 8 horas, su indignación no tuvo límites. Los mítines fueron disueltos, y los hombres, mujeres y niños eran golpeados sin compasión.

Fue después del brutal ataque a los huelguistas de la fábrica McCormack, cuando nuestros camaradas convocaron a la clase obrera a una gran manifestación en la Plaza de Haymarket, de Chicago, para protestar contra el salvajismo de los mercaderes de los Reyes Americanos.

Los obreros se presentaron por millares: muchos de ellos llevaron a sus compañeras e hijos. La policía se presentó en gran número, tanto de Caballería como de Infantería. El Alcalde de la ciudad, Carter Harrison, también estaba allí. Después de haber oído algunos de los discursos, le dijo el capitán Banfield, jefe de Policía, que todo estaba en perfecto orden y que se iba a su casa. Propuso que la policía hiciera lo mismo. Pero el capitán Banfield había recibido ya las órdenes correspondientes, no solamente del Alcalde, su jefe, sino de más altas esferas. Así es que esperó se presentara ocasión para ganar laureles y ser premiado por sus señores. Esperó a que más de la mitad de los oyentes se hubiesen marchado a casa, así como la mayoría de los oradores, entre ellos PARSONS y SPIESS (la mujer de PARSONS y sus hijos estaban con él), y entonces el "heroico" Capitán, ordenó a los últimos oradores que callasen. Ellos se negaron alegando el derecho constitucional que tenían. Seguidamente el capitán Banfield y sus hombres atacaron salvajemente a la multitud, haciendo uso de sus cachiporras y bastones. En este momento preciso explotó una bomba que mató a un policía e hirió a muchos más.

Al día siguiente y semanas y meses después, toda la burguesía pidió las cabezas de nuestros camaradas, los que habían hablado en la manifestación, y que el anarquismo fuera exterminado. Nuestros camaradas fueron detenidos y juzgados con testigos falsos, ante un ciego jurado y por un juez que era el servidor de los intereses capitalistas, Alberto PARSONS, no fue encontrado por la policía. Estaba completamente seguro en el país. Nuestros camaradas le rogaron que se quedara con ellos. Sabían que si se entregaba a la policía, no podría con vida. Pero Alberto PARSONS insistió; su sitio era al lado de los camaradas detenidos. Se presentó al Tribunal, al lado preparado para él y los demás acusados. El juicio fue una farsa del principio al fin. No se trató de encontrar a la persona que tiró la bomba. Esto no le interesaba a la clase directora. Su blanco era arrollar al anarquismo. El juez mismo lo dijo; repetidamente dijo que se estaba juzgando al anarquismo. ¡Y qué mejores víctimas que los brillantes exponentes del Anarquismo! Y por ello tuvieron que morir.

Parsons, descendiente de una familia de militares, rica y ultraconservadora, hubiera podido conseguir el indulto. Era el único americano en el grupo y el Gobernador le hubiera conmutado la pena, en el caso que PARSONS hubiese firmado la apelación.

La indignación de los obreros fue enorme. Estaban dispuestos a declarar la huelga general para exigir la condena de la pena de muerte, por medio de una huelga que afectase a toda la Nación. Pero el Presidente de LOS CABALLEROS DEL TRABAJO, Ferrer Powell, rehusó solidarizarse con sus camaradas sentenciados. Era contrario a la huelga general, a cualquier acción económica-revolucionaria, que hubiera podido rescatar de la horca a las víctimas del capitalismo. Powell hizo más: se convirtió en un Judas Icarote. Vendió a sus hermanos por 20 piezas de plata. Poco tiempo después fue premiado por sus señores; se le dio una posición lucrativa. Su traición no solamente ayudó a matar a nuestros camaradas, sino que mató a los CABALLEROS DEL TRABAJO. Todas las organizaciones militantes le volvieron la espalda. Y solamente Sindicatos obreros reaccionarios permanecieron en ella.

11 de noviembre de 1887. Nuestros Camaradas se dirigen orgullosos hacia la horca. Lingg, joven, fiero y con oído inextinguible al sistema capitalista, se suicidó por medio de un cartucho escondido en su pecho. Schwab y Fields fueron a la cárcel con cadena perpetua. Nebbe para quince años. Seis años más tarde, un hombre valiente y liberal, el gobernador Altgeld, puso en libertad a Fields, Nebbe y Schwab. En su razonamiento por el indulto dijo: que después de haber estudiado el caso detenidamente se había convencido de que los anarquistas eran inocentes; que la vista de esta causa había sido una farsa y que las acusaciones habían sido amañadas. Altgeld pagó caramente su valentía y su honradez. Fue arruinado política y económicamente por los "gangsters" del capitalismo que había asesinado a nuestros camaradas. Y no son los cretinos jueces y escribas de la prostituida Prensa que tomaron parte en la muerte de nuestros mártires, los que serán recordados; será John Altgeld.

¡Qué ciegos y estúpidos son los que detentan el poder! Siempre se imaginan que la obstrucción, la cárcel, la silla eléctrica, o el sable, pueden matar una idea. Los verdugos de Chicago respiraron con libertad cuando nuestros mártires camaradas fueron ahorcados. ¡El anarquismo ha muerto!, gritaban con ebria alegría. Pero he aquí que ellos no tenían razón, sino Augusto Spiess, cuando dijo:

"Nuestro silencio hablará más alto que las voces que hoy hacéis callar." Si, mil veces sí. Las voces sofocadas en el día 11 de noviembre de 1887, no solamente han hablado más fuerte, sino que su eco ha resonado en el corazón y en las mentes de centenares de millones de hombres de todo el mundo. En América, el martirio de PARSONS, SPIESS, ENGEL, FISHER y LINGG, fue la encarnación de uno de los más nobles luchadores americanos, Voltairine de Cleyne, poeta brillante, escritor y gran militante anarquista; de Alexander Berkman, quien en 1892 atentó contra Fricks durante la huelga de tabajeros; cuando once huelguistas fueron muertos por la banda de estranguladores del mismo Fricks.

El 11 de noviembre hizo que yo ingresara en las filas anarquistas; fue a causa de presenciar la magnífica defensa que hicieron del anarquismo los mártires de Chicago ante el Tribunal. Fue su heroica muerte la que me dio vida a mí. Y a muchos otros obreros e intelectuales de todos los países del mundo. El gran amor a la Humanidad que nuestros mártires sentían, su hermosa visión de un nuevo Mundo Libre, nos han inducido a todos a que sostengamos muy alta la bandera por la cual dieron ellos sus preciosas vidas. ESTAS GOLDMAN